

A la espera de Morillo

Escribe: ABELARDO FORERO BENAVIDES

El año 1814 tiene una importancia capital en la historia de la revolución americana. Y no puede estudiarse aisladamente sin incorporarlo dentro del amplio texto de los acontecimientos mundiales.

Es el año en que se inicia la liquidación del proceso revolucionario en Europa. Los ejércitos aliados penetran en Francia. El imperio se desmorona ante una poderosa coalición de pueblos y de estados. Napoleón abdica en Fontainebleau. Luis XVIII regresa al trono de sus mayores. Se inicia el congreso de Viena. Se halla en proceso de maduración el espíritu de la Santa Alianza. Fernando VII reina en Madrid. El príncipe de Talleyrand lanza en Viena, la palabra que sintetiza el nuevo orden europeo, después de los profundos sismos revolucionarios: legitimidad. El Borbón a Versalles, el Borbón a Nápoles, el Borbón al Escorial. Es fácilmente presumible que Fernando VII, después de haber tomado partido por los absolutistas en contra de los liberales en España, estudie un plan político y militar para reincorporar a su corona, las colonias de ultramar. Los ejércitos vencedores de Napoleón se hallan en disponibilidad para emprender la reconquista.

Mucho antes de que la "legitimidad" volviera a imponerse en España, un soldado, salido del pueblo, de valor temerario y bárbaros arrestos, Boves, derrotó al caudillo venezolano de la revolución, Bolívar. El pendón real fue plantado sobre todas las provincias de la antigua capitania general de Venezuela. Tan solo existe un foco de subversión y rebeldía en la isla de Margarita, donde se han refugiado los guerrilleros que no fueron segados por la guadaña de Boves.

En la Nueva Granada subsiste un foco realista, de grande importancia estratégica: Santa Marta. Y allí se instaló don Francisco Montalvo. "No traía título de virrey sino de capitán general. En realidad era ridículo ese virreinato, rodando por ahí en los puertos del Atlántico" (1).

Montalvo no estaba mal orientado. Desde el regreso de Fernando VII a España, concibió la idea de adelantar una aproximación diplomática, con las autoridades republicanas. En vista de que las colonias habían expresado su resolución de gobernarse autónomamente, mientras durara el cautiverio de Fernando, era plausible para él pensar, que una vez devuelto a su trono "El Deseado", lo lógico sería que sus súbditos america-

nos le juraran obediencia. Y le parecía —y en esto no estaba descaminado— que la solución no podía buscarse por los caminos de la fuerza, sino por los de la persuasión. Y decidió tomar una iniciativa, anticipándose al anuncio de la llegada de Morillo. Escribirle a don Manuel Rodríguez Torices, jefe del gobierno de Cartagena. Y le dijo:

“Cartagena, que por un clamor popular, llegó a declarar absoluta independencia de España, la limitó después en una convención formal compuesta de diputados elegidos nominalmente, según la suerte de la Europa en la actual contienda y del monarca español en su cautiverio...

...Si antes el temor de pasar a dominación extranjera, autorizó en algún modo a las provincias disidentes, a tomar para sí medidas de seguridad, hoy que ha cesado aquel motivo, todo ha vuelto o debe volver, naturalmente, por un retroceso uniforme a su antiguo estado...

...Yo, pues, en obsequio del bien y perpetuo reposo de los habitantes de Cartagena, tengo la satisfacción de dar el primer paso para su reconciliación con la metrópoli.

...Entre los dos partidos, de la reconciliación con la madre patria, o la continuación de la guerra civil, que en estos momentos se ofrecen a la consideración de ese gobierno, el buen sentido no le permite vacilar en el extremo que debe elegir. Ya no subsiste el pretexto o llámese el fundamento, para la separación de la metrópoli, que se hacía consistir en los abusos del antiguo gobierno. La nueva constitución los corrige y establece bases para todas las mejoras que caben en la previsión humana”.

El capitán general Montalvo se refería a la Constitución de Cádiz, que por esa fecha, ya había sido desconocida por el rey Fernando. Y en España se había iniciado un movimiento de represión implacable en contra de los liberales. Y muchos de los súbditos del rey, fueron enviados a las cárceles, por haber preconizado ideas anti-absolutistas, aunque hubieran sido defensores tenaces de su corona, durante el cautiverio. Entre quienes le proponían el regreso a la situación anterior a 1808 y quienes en su ausencia habían dibujado las líneas de una monarquía parlamentaria, Fernando VII se decidió por los primeros, ignorando los servicios y la fidelidad de los segundos. No entendía la fidelidad con cortapisas liberales. Debía jurarse al monarca absoluto.

Sobre la postura y definición del rey frente a los partidos creados —en favor o en contra de la Constitución de Cádiz— ya estaban informados los granadinos, porque en la respuesta de Rodríguez Torices se hace la alusión:

“No ignoramos que constitución y rey son actualmente en la Península los nombres de dos partidos encarnizados que a sus furiosos han sacrificado ya millares de víctimas”.

Y sobre la cuestión de fondo, el cartagenero informó al español —que ya lo sabía— sobre la existencia de un gobierno llamado de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, “en quien está depositado el poder supremo de la nación” y a quien corresponde definir un asunto de tan capital importancia.

Montalvo insistió. Lo tomó de sorpresa la información de los criollos sobre lo que acontecía en la Península. Reconoce los cambios operados y el derrumbamiento de la Constitución de Cádiz:

“No hay el día de hoy, más autoridad soberana en el imperio español, que la del monarca... El promete enmendar los agravios que hayan podido dar motivo o servido de pretexto, a los actuales alborotos...”.

No, señor, no se trata de un alboroto sino de una revolución, hubiera podido contestar Rodríguez Torices.

En esta segunda carta, el capitán general se ufana del poder que respalda a la legitimidad borbónica:

“No es ya tiempo de dejarse alucinar por esperanzas vanas. Un poder irresistible y bien combinado, está destinado a extinguir las semillas del democracismo, que la experiencia ha acreditado tan funesto al mundo y especialmente a los grandes imperios. La América no tiene campo abierto, para más reflexiones que la de resolverse, cuanto antes, a implorar a los pies de Su Majestad la Real Clemencia, de que ha dado tantas pruebas el rey nuestro señor, o prepararse a todos los males consecuentes, a la reconquista que debe seguir inmediatamente a su resistencia”.

Rodríguez Torices en su carta del 7 de septiembre de 1814, entra en polémica. Quiere colocar a Montalvo en oposición al criterio del rey. “Lo primero que se hace notar es la diferencia y oposición del lenguaje del rey con el de su mandatario. En efecto, no puede ser mayor ni más desagradable la disonancia. Mientras el rey se adhiere a nuestro concepto, le sanciona y no se atreve a negar nuestra justicia, usted definitivamente, nos declara rebeldes. El monarca mide sus expresiones; no se permite alguna que pueda ofender o exasperar; antes bien se insinúa con delicadeza, usando el lenguaje más imparcial y conciliatorio. Usted al revés nos insulta y deprime, elige las expresiones más irritantes y el tono más áspero y repulsivo. El monarca nos llama con promesas. Usted piensa y se engaña a forzarnos con amenazas. En fin, el rey encubre su majestad para hablarnos y apenas se conoce que manda; usted le enmienda la plana y como improbando el poco acierto en elegir sus medios, a favor de la distancia trueca de armas, fulmina, reconquista, nos pone en duda hasta el perdón y cuidándose poco de contradecir la real palabra, no quedará por usted el que sus intenciones y designios se malogren...”.

Montalvo insiste y quiere borrar la mala impresión que ha producido. Se refiere a la oposición que le atribuye el cartagenero entre el texto del rey (decreto del 24 de mayo) y el texto de su última carta. “No he hallado sino una perfecta concordancia en unos y otros escritos...”.

Y agrega: “En mis oficios no ha habido amenazas, ni el momento las requería... Lo que he hecho ha sido poner a la vista y consideración de ese gobierno, los males consecuentes a la continuación de la guerra civil”.

Pero entre 1810 y 1814, han pasado muchas aguas bajo los puentes y purpúreos torrentes de sangre. Dos guerras a muerte se han librado en Venezuela. Cuatro veces han cruzado el territorio de la capitanía general,

los jinetes del Apocalipsis. Cuatro veces ha estado sometida Caracas a las represalias de los españoles contra los patriotas, de los negros contra los mantuanos, de los llaneros de Boves, contra los seguidores de Bolívar. En la Nueva Granada la experiencia ha sido menos cruel. Pero adquirido, en esos cuatro años, el hábito de la autonomía, es tarea difícil cancelarlo. Ya ha funcionado la imprenta, para lanzar palabras sensatas o incoherentes. Ya se ha redactado una docena de constituciones. Ya aparece tan imposible el gobierno ultramarino, que se juzga como despótica, cualquier forma de gobierno y autoridad. Ya se han creado en las ciudades los dos partidos, el de los letrados y el de los demagogos. Ya acude el pueblo a la puerta de los cabildos a gritar vivas y abajos tumultuosos. Ya se acostumbraron los abogados a mandar y los plebeyos a gritar. Ya ha tenido la monarquía hereditaria un sucesor ilegítimo, la anarquía. Pero de la anarquía es difícil salvarse, sin tener en cuenta la opinión. El propio gobierno autónomo y dictatorial ha de ser popular. En estos reinos han sido esparcidas, para bien o para mal, las semillas del democratismo. Y ese hecho, históricamente, parece irreversible.

Consultado don Camilo Torres como presidente del congreso de las provincias unidas, tomó la pluma y escribió un mensaje en respuesta a las cartas de Montalvo:

“La caída del emperador de los franceses, debe enseñar a los demás gobernantes de la tierra, que los tronos solo se afirman por la justicia y que al momento que la violencia ha de ser su único apoyo, están expuestos a perecer bajo de sus propias ruinas. Severo ejemplo de escarmiento, que si jamás puede tener una justa aplicación es en nuestro caso, en que una simple potencia de Europa pretende dominar el mundo entero. Si por desgracia las naciones europeas quieren ser injustas con la América, enseñada por la España en su resistencia, luchará con sus propios recursos y esperará que la misma justicia inmutable y eterna que castigó a Francia, castigue a la que no supo aprovecharse de su ejemplo... ¿Qué es lo que nos promete...? ¿Una constitución que ya abolió el monarca, o un monarca que desconoce la constitución?” (1).

Esta vez el capitán general Francisco Montalvo no insistió. Y la historia siguió su camino. Los barcos armados en Cádiz, con viento propicio, desplegaron sus velas. Llegaron noticias de Pasto.

La expedición militar hacia el sur, conducida con tanto denuedo por don Antonio Nariño, culminó en un romántico fracaso a las puertas de Pasto. Y con la desaparición de la figura popular de Nariño, nimbada por la persecución y las cárceles, su partido perdió el inflamado motor humano y Santa Fe entró a ser gobernada por amigos suyos fieles, pero sin su estatura, su audacia y su penacho.

Cartagena, afirmada sobre sus viejos cimientos, avanza sobre el océano y con la seguridad que le dan sus castillos, no advierte que la hora de su gran tragedia se avecina. Era la única ciudad con un largo historial, con una leyenda. El orgullo de España y su disputa secular con Inglaterra, la convirtieron en la gran fortaleza. Contra ella se habían estrellado los

(1) Jiménez Molinares. *Los mártires de Cartagena*. Página 46 y siguientes. Tomo II.

piratas. Y frente a ella desfilaban cuotidianamente los barcos de guerra, las fragatas, los veleros, los corsarios, los hombres de aventura, los gobernantes de la nueva España, los almirantes británicos, los prófugos de Cayena, los sórdidos negociantes de esclavos negros, los frailes misioneros y los rufianes de todo pelambre. Era el mirador del virreinato, con múltiples ventanas sobre el mar. A ella llegaban las noticias de España, las órdenes transmitidas a través de Cuba, los informes de Jamaica. En ella habían levantado los discípulos de Torquemada, sobre piedras ahumadas, el Palacio de la Inquisición. Y dentro de las murallas prosperó una sociedad fina y castiza, orgullosa de sus abolengos y afianzada sobre las diferencias raciales. Así como la Cartagena española era un trozo púnico, incrustado en el cuerpo ibérico, la Cartagena granadina había sido levantada a imagen y semejanza de la hispanidad. Ninguna ciudad americana, daba la impresión de estar sellada por el espíritu de Castilla, como esta Cartago nueva.

La historia quizo que fuera en ella, donde por primera vez pusiera Bolívar sus plantas de refugiado. Y desde sus almenas, en el año doce, se oyó la voz sonora como un clarín, de quien se anunciaba como un hijo de la infeliz Caracas.

Después de la segunda derrota, Bolívar pensó de nuevo en Cartagena. La ciudad le había enviado un mensaje en el que consignaba en palabras elocuentes su admiración y su gratitud:

“El general Simón Bolívar, natural de Caracas, no vio con indiferencia las cadenas que la barbaridad española puso por segunda vez a su patria; concibió el atrevido proyecto de redimirla y agregándose a este Estado logró entrar en la empresa. La república de Cartagena lo vio con placer entre sus hijos y le confió el mando de sus armas: desde las orillas del Magdalena hasta los muros de la Guaira, corrió con gloria este héroe americano. La república tiene el orgullo de llamar su hijo benemérito, el Libertador de Venezuela”.

Con estos testimonios de la admiración colectiva, estaba seguro de la acogida que habría de dispensársele. Regresaba el hijo adoptivo a su patria. Pero las palabras doradas y la proclamación de Libertador, no decían todo lo que en dos años de balbuciente ejercicio de la libertad, se había alterado el espíritu de la ciudad. Ni Bolívar era el mismo, ni Cartagena mostraba el rostro de 1812. La primera vez que desembarcó, Bolívar era un desconocido, no tenía pasado, ni nexos alguno con las facciones, ni se conocía su manera de ser y su temperamento intrépido. Venía a servir la causa de la libertad en una misión subalterna. Su presencia significaba una novedad.

Dos años después, la ciudad aparecía desgarrada en su entraña por las facciones. Y el juicio sobre Bolívar no era unánime. Los intrépidos lo admiraban con fervor. Los cautelosos desconfiaban de él.

“Cartagena, dice O’Leary, se hallaba devorada por las disensiones civiles, el estado dividido en dos partidos: el uno moderado en sus miras, que aunque se adhería a la causa de la independencia, parecía poco fervoroso en sus esfuerzos para propender al triunfo; el otro de opiniones

exageradas, exasperado contra los españoles europeos y contra todos los sospechosos de realistas. Aquel tildado de aristócrata y compuesto principalmente de los vecinos más acaudalados. Este, llamado demagogo por sus adversarios políticos. A la cabeza de los aristócratas se hallaba García de Toledo, hombre de algún talento y de gran influencia en Cartagena. Los contrarios tenían por corifeos a los hermanos Piñeros, jóvenes activos e inquietos, ambiciosos de mando y muy populares en la provincia a que pertenecían. El coronel Castillo, el mismo que en Cúcuta se había distinguido por su oposición a Bolívar, oposición que la envidia había convertido en odio, pertenecía al partido de García de Toledo y no perdía ocasión de contrariar las miras de los Piñeros, lo que era fácil por hallarse a la cabeza de las tropas”.

Debido a la simpatía que Bolívar mostró a los Piñeros, más arduos y audaces, los enemigos de estos se convirtieron en enemigos del caraqueño. Se murmuraba contra él, que en el año doce, no se había sometido a las órdenes de sus superiores al lanzarse sobre Cúcuta. Se le imputaba el desastre de la segunda república venezolana. Todos los errores, omisiones y crímenes, los apuntaban los murmuradores a su nombre. Había tenido ásperas fricciones con Castillo, en quien tenían sus coterráneos cifrada la ilusión y la confianza.

Pero principalmente lo que operaba contra él, era su amistad con los demagogos, a quienes se comparaba con los jacobinos. Los Piñeros, en cambio, habían tenido la intuición de los alcances del personaje y se habían convertido en sus admiradores. El fuego interior, el arrebató de Bolívar, su don de mando, su intrepidez, los sedujo y atrajo. Era su tipo. En ninguno de los militares granadinos advertían esa síntesis de acción y de palabra, masculina fiereza e ideales remotos, realidad cruda y lontananza, nervio y pluma, brillo de la espada y brillo de la palabra, el hombre de a caballo y el intelectual.

En el partido de García de Toledo estaba inscrita toda la alta clase. Algunos ostentaban apellidos antiguos, como las piedras de las murallas y se hallaban orgullosos de sus ancestros españoles. Concebían la independencia, como un suave proceso indoloro, que insensiblemente lograría la autonomía en relación con España, pero sin romper las amarras con la tradición. Aspiraban a seguir viviendo a la manera de la colonia, dentro de una ciudad jerarquizada, en la que ellos ocuparan el sitio de los españoles, pero sin tolerarle a los de abajo, el ascenso al escalón que ellos dejaban vacío, dentro de la pirámide social. Poseían una noción española de “señorío”. No pensaban que la revolución desatada con el cautiverio de Fernando VII, llegara a extremos de crueldad y guerra a muerte. Y asistieron extrañados al primer fenómeno, que la independencia desató: la presencia de la plebe.

“Con el talento sagaz y el atrevimiento que les era propio, los Piñeros buscaron prosélitos en las clases bajas del pueblo, formadas de la gente de color, e iniciaron una política demagógica que terminó en una lucha clasista, en una enemistad entre negros y blancos; entre “aristócratas”, como los Piñeros apellidaban a los “toledistas”, y el pueblo que para efecto no era lo que por definición es, sino el populacho irresponsable”.

El 11 de noviembre fue en buena parte obra de los demagogos, "que usaron como un alud demoledor, las muchedumbres del barrio de Getsemaní".

En el momento en que llegó Bolívar a Cartagena, conducido por un bergantín que parece bautizado a propósito, "El Arrogante", se hallaban en declive los jacobinos. El control militar de la plaza lo tenía Manuel Castillo, enemigo irrevocable de Bolívar.

Ya estaba anunciado oficialmente el regreso de Fernando VII y el capitán general Montalvo adelantó gestiones para el reconocimiento por parte de sus súbditos y su amable regreso a la obediencia del rey.

¿Qué se debía hacer...? Poner todas las provincias unidas en alerta. Preparar aceleradamente ejércitos para oponerse al desembarco del español. Organizar una movilización general de los espíritus. Dejar atrás los odios regionales y los odios entre las facciones. Prever el desembarco de las milicias del rey. Eliminar en el norte el foco realista de Santa Marta. Abastecer a Cartagena, en previsión de cualquier ofensiva marítima. Unir todos los esfuerzos en una grande empresa conjunta.

Pero no existía ni el hombre que encarnara la resistencia dentro de los granadinos, ni el Estado fuerte en pie de guerra, ni el espíritu animoso dentro de los habitantes. ¿El hombre...? Al frente de Santa Fe, con el comprometedor título de dictador, se halla don Manuel Bernardo Alvarez, interesado en mantener a Cundinamarca como una república independiente. Al frente de las provincias unidas, un congreso respetable y desobedecido, cuyas orientaciones y decretos no se convierten en sustancia de vida. Este vacío de un poder central se llena con la constitución de un triunvirato, integrado por Manuel Rodríguez Torices, Custodio García Rovira y José Manuel Restrepo. Adecuada solución para los tiempos pacíficos. Solución ineficaz en los tiempos de tempestad.

Y el hombre llegó: Bolívar. Las circunstancias estaban señalando su aparición. Era lógico que se verificara esta unidad, entre el propósito nacional ante el peligro, el guerrero deseable y el espíritu de los pueblos. Pero no hubo un propósito nacional, proporcionado a la inminencia de la amenaza. Ni se reconoció en Bolívar al hombre de esa oportunidad. Y ese es el drama de 1815. Si la historia fuera lógica, el gran duelo entre Bolívar y Morillo, ha debido verificarse en las tierras de Nueva Granada. Quedarían eliminadas muchas páginas de ese capítulo que se titula "El Terror". La historia, hacia su mismo fin, habría tomado otro camino y la independencia no habría encontrado su epicentro de acción y de energía a las orillas del Orinoco, sino frente a las murallas de Cartagena.

¿Por qué no aconteció así...? Hemos reconstruido con amargura este capítulo de la vida de Bolívar, siguiéndolo en sus cartas, confrontándolas con las "Memorias" de O'Leary, la parcial e interesante biografía de Salvador de Madariaga, la versión que nos da el historiador Liévano Aguirre en su libro *Los grandes conflictos económicos y sociales de nuestra historia*, la amplísima documentación que ofrece el libro de Gabriel Jiménez Molinares, *Los mártires de Cartagena de 1816*, las *Memorias* de don José

María Castillo y Rada, declarado enemigo de Bolívar, el volumen de la Biblioteca de Historia Nacional, titulado *Congreso de las provincias unidas* y el ingenuo y espontáneo diario de J. M. Caballero.

¿Por qué fracasó el Libertador en su segundo viaje a la Nueva Granada...? ¿Por qué su poderosa energía y su don de arrebató sobre los pueblos, se fue amortiguando lentamente, devorado en un pantano de insidia y de intriga...? ¿Por qué el protagonista indicado para oponerse a don Pablo Morillo, tuvo que huír, pobre y amargado a la isla de Jamaica, a rumiar su desventura y a reconstruir idealmente el mapa de una América libre, que tan solo existía en sus sueños...? ¿Hasta dónde la responsabilidad de esta frustración es suya y hasta donde corresponde a los líderes de la opinión granadina...?

Un insigne mérito le corresponde a don Camilo Torres. No se equivocó en el diagnóstico: "Sois un general desgraciado, pero sois un grande hombre. Vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada".

Este fue un momento gozoso de la vida de Bolívar. El reconocimiento de su valor y de sus intenciones. El abogado granadino, sin vocación heroica, sin haber conocido los campos de batalla ni haber presenciado las terribles escenas que transcurren entre el terremoto de Caracas y el triunfo final de Boves, advierte en el guerrero vencido, la decisión de sobreponerse a la derrota y continuar su batalla.

Pero aquí comienza la mezquina tragedia, el amargo contraste entre lo que Bolívar querría hacer y lo que se ve obligado a hacer. ¿Lo que querría hacer...? Poner en movimiento sobresaltado los pueblos, improvisar soldados, saltar a Cartagena y con su apoyo darle un golpe mortal a los realistas de Santa Marta. Y después de libertada Santa Marta, emprender la segunda invasión de Venezuela. Y regresar a Caracas vencedor. Y dirigirse después hacia el sur, para destruir al español en las tenaces ciudadelas realistas. Poner en marcha su vasto plan.

¿Lo que le correspondió hacer...? Vamos a verlo.

Contra su nombre se ejercía una vasta y organizada presión. El foco de la resistencia anti-bolivariana era Cartagena. "Las vivas recomendaciones de Manuel del Castillo y las diligencias de su hermano don José María, para que no se le diera ningún mando, fracasaron totalmente" (1).

En la lucha de Bolívar con "el cogollo" de Cartagena, que fue fatal en ese año de la independencia, la iniciativa partió de Cartagena. Allí se inició la ofensiva. Manuel Castillo se confesaba abiertamente enemigo de Bolívar y consideraba necesario que no se le confiriera ningún mando militar. ¿Por qué...? Porque era amigo de los Piñeres, los cabecillas de la facción vencida. El mando de Bolívar despertaba esperanzas en los Piñeres. Un problema local, la enemistad de los Piñeres, se trasladó a Tunja. Con un recortado criterio se consideró ese mezquino problema local, como elemento decisivo para no utilizar los servicios de Bolívar. Y en el gobierno de la unión, fue portavoz de ese criterio, don José María del Castillo y Rada.

(1) Jiménez Molières. Los héroes de Cartagena. Tomo 11, página 57.

Nos lo dice él mismo en su libro de *Memorias*:

“En esta situación conocí por primera vez, el día 24 de noviembre de 1814, al general Bolívar, que llegó allí de regreso de su desgraciada campaña de Venezuela. Le conocí como inferior, pues era yo a la sazón el primer magistrado de las provincias unidas, y él un general desgraciado, que no supo aprovechar las primeras ventajas de la campaña y que por lo mismo debía responder de su conducta en un juicio. Así se lo dije el día que se presentó al gobierno general, y lo que era tan justo no se cumplió, porque a pretexto de que cuando se le confirió el mando del ejército debió aquella distinción al congreso y no al gobierno que no existía entonces, el congreso lo absolvió declarando que estaba satisfecho de su conducta. Seguidamente se propuso en el gobierno se diera un ascenso al general Bolívar; yo me opuse tenazmente a ello, preguntando a mis compañeros qué otra cosa hubieran hecho si hubiera triunfado. O cómo querían remunerar de aquel modo la pérdida de un ejército florido y de tantos sacrificios de todo género como se habían hecho. Tres eramos los miembros del gobierno; mi voto fue contrario por la mayoría de los dos; se mandó expedir el despacho de teniente general, porque solo era mariscal de campo y yo protesté contra aquella resolución.

“Bolívar desechó con desdén aquel despacho, porque dijo que él era más en Venezuela y mis compañeros acordaron expedirle el de capitán general. En vísperas de este acontecimiento que fue el 27 de noviembre, había llegado a Tunja el señor García Rovira, destinado a relevarme y para evitar el duro comprometimiento de firmar aquel despacho, le previne en la mañana del 28 que sin demora corriera a tomar posesión de su destino, como lo forcé a hacerlo la tarde del mismo 28 y entonces se hizo capitán general a Bolívar y seguidamente se le confirió el mando del ejército que obró sobre esta capital en diciembre de aquel año”.

Es muy interesante para el historiador dejar establecido cronológicamente un primer punto: las gestiones de Castillo y Rada, ante sus colegas del triunvirato, para que no se le conceda el mando a Bolívar y las gestiones de Manuel Castillo, tendientes al mismo fin, constituyen la declaración inicial de la guerra sorda contra el caraqueño. Se inicia por parte de ellos una cruel y agresiva ofensiva. Y a pesar de ellos, el gobierno de la unión, desechando esos frutos del odio envejecido, le concedió el mando del ejército a Bolívar. Para desvirtuar esta primera afirmación, sería necesario presentar un documento anterior a noviembre de 1814, en el que apareciera Bolívar descalificando a Castillo y Rada o solicitando como condición para asumir el mando de las tropas, la destitución de Manuel Castillo.

Se le ha dado al caraqueño una misión ingrata, el primer desmoronamiento de sus planes y el primer contraste entre la realidad y sus sueños: dirigirse a Santa Fe, para poner en cintura el gobierno de don Manuel de Bernardo Alvarez, renuente a los compromisos de la federación, encastillado en ideas obsoletas, con un horizonte recortado sobre la misión de su Estado, dentro del conjunto de los pueblos granadinos.

Esta tarea debió repugnarle a Bolívar. Los soldados de Urdaneta, salvados milagrosamente de la oleada realista y puestos bajo sus órdenes,

no se encaminan hacia la ciudadela de Montalvo, en lucha contra los españoles, sino que se dirigen a la sabana de Bogotá, a acampar cerca de los cerros y establecer un sitio en contra de quienes debían ser auxiliares en su empresa y no enemigos absurdos. Pero esa es la condición implícita que se le ha puesto para otorgarle el mando. La batalla tiene lugar el 14 de diciembre de 1814. Bolívar vencedor... ¿De quienes...? De los simpatizantes y atolondrados santafereños. No se repitió la hazaña de San Victorino.

En su ingenuo idioma, con sabor de autenticidad, el cronista Caballero nos describe la llegada de Bolívar:

“A 30. En este día llegó la noticia de que Bolívar atacaba a Santa Fe. Buen provecho le haga, pero yo no me desdigo. Vengan enemigos, que teniendo a María Santísima y a Jesús de nuestra parte, no hay que dar cuidado, aunque nos estrechen hasta lo sumo. Hoy hubo junta y se echó bando de que al toque de la generala asistiese todo hombre a la plaza con las armas que tuviese.

A 2. Mandó oficio Bolívar, para que se le entregase la provincia, plata y gente y para la reconquista de Caracas y que entrásemos en federación, o entraría a sangre y fuego.

A 3. Se echaron dos bandos: el uno que se iluminase toda la ciudad todas las noches; y el otro, que de todo hombre sospechoso se diese cuenta. Este día se comenzaron a hacer las trincheras.

A 4. Se tocó la segunda generala, fue el día de mayor aprieto porque dijeron que estaban las tropas enemigas en Torca. Al instante se juntó muchísima gente. En las trincheras se trabajó con admiración, trabajando en ellas los padres de San Diego y San Francisco, que confundían ver a los sacerdotes con sus perihuelas, cargando tierra y cespedón. Y lo mismo las mujeres, aún las más señoras y decentes, unas con camión y otras con sayas de seda cargaban tierra, trabajaban como el más esforzado hombre, infundiendo ánimo y valor a los cobardes. La causa de este valor y energía lo infundió las noticias que daban de que Bolívar, venía saqueando a los pueblos, estropeando a los sacerdotes, como que decían que habían colgado de las manos al cura de Chocontá, porque no le daba dinero y lo mismo había hecho con otros tantos, robando las alhajas de las iglesias y varias crueldades y atrocidades. Ello puede ser pero yo no lo creo. Si fuera español creería eso y mucho más; pero americano.. lo dudo. Lo cierto es que para que las tropas se vigoricen y animen a entrar en un fuerte ataque, se riegan tales voces de que el contrario viene contra la religión, y lo mismo hace el otro allá. Esto lo digo porque he leído varias historias y he visto las intrigas y lo que se desacreditan los enemigos unos a otros...

El día 6 supimos que habían llegado las tropas a Chía y Puente del Común. Por Chía o Cajicá toparon a Lorita, un español médico y lo mataron. Saquearon la casa de Marroquín otro español pudiente, en la hacienda de la Yerbabuena, adelante del Común. Este día entraron doscientos hombres de caballería, del campo y había ya sobre tres mil hombres de fuerza armada. No quedó español que no cogiese las armas, por viejo o inválido que estuviese; de los pudientes formaron un escuadrón de caba-

llería famoso y bien armado. Al ver yo el entusiasmo de estos se me previno que Bolívar venía contra ellos. Porque ¿cómo se arman ahora con tanto ardor a la defensa y cuando vino Baraya no lo hicieron...? El haber matado a Lorita y saqueado la casa de Marroquín, sospecho que la causa son de estos hechos. ¿Quién sabe...? Desde el domingo que se tocó la segunda generala, no largó ninguno las armas de la mano; hay entusiasmo y ganas de pelear. Quien sabe como saldremos...

A 8 se vio todo el ejército contrario en el camino de San Victorino.

A 9 se volvieron a acercarse los enemigos con más de 1.000 hombres de caballería.

A 10 volvieron a presentarse con toda la fuerza y envistieron por el lado de Santa Bárbara, que era el que se había dejado sin guarnecer.

A 11 se volvió a romper el fuego a las 5 y media de la mañana. Este día sí que no se han podido enumerar todos los lances que acontecieron. No cesó el fuego todo el día hasta las siete de la noche... Se suspendió el fuego a eso de las siete de la noche y ofició Bolívar pidiendo armisticio hasta el otro día a las nueve y fue mientras mandaba por municiones a Fontibón, que si en este tiempo se le ha apretado se desalojan con facilidad. Ahora pregunto yo: ¿Y la compañía de españoles y regentistas, tan formidable y preparada con tantas armas, que parecía que con ellos solos bastaba para vencer y triunfar de los enemigos, qué se hizo...? Lo cierto es que yo no los volví a ver más, ni ellos entraron en acción. Lo cierto es que se escondieron todos y nos dejaron a nosotros metidos en el empeño. Hicieron lo que el capitán Araña que embarcaba la gente y él se quedaba en tierra.

A 12 por la mañana ya estábamos todos en la plaza, formados, esperando la orden para volver a embestir, pero parlamentaron el señor presidente con el general Bolívar y fueron de parecer (por intrigas de los afectos al congreso), de que se hiciesen paces y se le entregasen las armas y la ciudad al general, lo que se ejecutó a las nueve de la mañana. Las tropas nuestras, habiendo entregado las armas se dispersaron, que no quedó un solo hombre y ocuparon los cuarteles las tropas de la unión que así se intitulaban.

A 13 se echó bando por el general Bolívar de que a todo ciudadano se garantizaba y que no se seguiría daño ni perjuicio y que los que andaban dispersos, bien podían venir" (1).

* * *

Bolívar posee una doble personalidad que lo destaca entre todos sus compañeros de epopeya: es capaz de imponer orden en los caóticos ejércitos indisciplinados, hacerse obedecer de los llaneros —criaturas generosas, instintivas y elementales— cruzar los ríos a nado, competir con los jinetes desafortunados, hacer callar a los sargentos altivos, convivir con la tropa aguerrida, casi desnuda, vengativa, hacerse admirar con su viril

(1) J. M. Caballero. *En la independencia*. Biblioteca de historia nacional. Vol. 1. Página 205.

altanería por esos contingentes de almas hirsutas, salidas de la llanura, del páramo o de la venganza; amenazar, blasfemar, gritar, mandar, fusilar, pelear, desafiar, un hombre diminuto y terrible.

Y dentro de ese marco de pasión, rebeldía y miseria, de varonía plebeya y sangre a borbotones, mantener el fulgor intelectual, la claridad del raciocinio, la visión serena y ambiciosa de los grandes horizontes, ser capaz de definir con claridad las funciones del Estado y hablar de su misión en un lenguaje nítido y esbelto. El conductor de tropas incoherentes e insumisas y el hombre de Estado con sus objetivos bien definidos.

Lo vemos acampar en Techo, frente a los montes erosionados, con su séquito amenazante de veteranos de la guerra a muerte. Se dirige a don Manuel Bernardo Alvarez en un mensaje prudente:

“Yo, ciudadano presidente, me contemplo degradado a la esfera de nuestros tiranos, cuando veo las huestes vencedoras de tantos monstruos venir a manchar el brillo de sus armas invictas con la sangre de una ciudad hermana, a quien debemos una parte de la libertad de Venezuela, Popayán y Nueva Granada. Una ciudad que es el orgullo de este bello territorio, la fuente de las luces y la cuna de tan ilustres varones. Santa Fe será respetada por mí y por mis armas, mientras me quede un rayo de esperanza de que pueda entrar por la razón y someterse al imperio de las leyes republicanas, que han establecido los representantes de los pueblos en el congreso granadino. La justicia exige esta medida, la fuerza la pondrá en acción y a la prudencia corresponde evitar los estragos de la fuerza” (1).

Y frente a los juristas del colegio electoral, una vez concluída la absurda batalla, lee un texto de límpidas cláusulas. El contacto con el turbio bermellón de las batallas, con los soldados famélicos, sudorosos y brutales, con la naturaleza rugosa y esquiva, con sus rivales torvos y desafiantes, con todo ese material humano amasado y revuelto en la guerra a muerte, no le ha hecho perder su fulgor y ese don de elevación que lo traslada de la realidad a la metáfora, de la manigua a los recintos inconclusos de la ley, de la ciénaga y el bohío, a los mármoles de un capitolio ideal. Pareciera a veces que le está hablando a la posteridad, en un sitio en el cual ya se halla colocada su estatua. Y al minuto siguiente, clausurado el aplauso, se abre el nuevo capítulo fragoroso: la cabalgata, la emboscada, la intriga, la marcha en la noche, el clima enervante, la injuria feroz, la voz del mando, la travesía de los ríos en bongos improvisados.

“Al presente las nuevas catástrofes de Venezuela me conducen aquí y encuentro el interior otra vez dañado por la divergencia. V. E. me hace el honor de designarme a pacificar a Cundinamarca disidente y la paz sucede a la división. Terrible, terrible división pero disculpable. Permita V. E. remontar al origen lamentable de esta calamidad”.

...“Sí, excelentísimo señor, hemos sabido representar en el teatro político, la grande escena que nos corresponde como poseedores de la mitad del mundo. Un vasto campo se presenta delante de nosotros que nos convida a ocuparlo. Y bien que nuestros primeros pasos hayan sido tan tré-

(1) O'Leary —*Memorias*—. Tomo II. Página 99.

mulos como los de un infante, la rigurosa escuela de los trágicos sucesos ha afirmado nuestra marcha habiendo aprendido con las caídas, dónde están los abismos y con los naufragios, dónde están los escollos. Nuestra empresa ha sido a tientas, porque eramos ciegos; los golpes nos han abierto los ojos; y con la experiencia y con la vista que hemos adquirido, por qué no hemos de salvar los peligros de la guerra y de la política y alcanzar la libertad y la gloria que nos esperan por galardón de nuestros sacrificios. La América entera está teñida de la sangre americana. Ella era necesaria para lavar una mancha tan envejecida...”.

“Nuestra impericia, excelentísimo señor, en todos los departamentos del gobierno ha agotado nuestros elementos y ha aumentado considerablemente los recursos precarios de nuestros enemigos, que prevaleciéndose de nuestras faltas, han sembrado la semilla venenosa de la discordia, para anonadar estas regiones que han perdido la esperanza de poseer. Ellos antes aniquilaron la raza de los primeros habitantes para sustituir la suya y dominarla. Ahora hacen perecer hasta lo inanimado, porque en la impotencia de conquistar, ejercen su maleficencia innata en destruir...”.

“Persuadamos a los pueblos que el cielo nos ha dado la libertad para la conservación de la virtud y la obtención de la patria de los justos. Que esta mitad del globo pertenece a quien Dios hizo nacer en su suelo y no a los tráfugas trasatlánticos, que por escapar de los golpes de la tiranía, vienen a establecerla sobre nuestras ruinas. Hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del hemisferio de Colón y que el odio, la venganza y la guerra, se arranquen de nuestro seno y se lleven a las fronteras, a emplearlos contra quienes únicamente son justos: contra los tiranos...” (1).

Difícil tarea la de exterminar el odio. Bolívar fue agasajado y aclamado como pacificador de Cundinamarca y libertador de Venezuela. Pero al día siguiente de esta consagración, se encontró con un folleto publicado en Cartagena por Manuel Castillo, en el que se hace un rosario de agravios contra el nuevo comandante de las tropas. Temperamento susceptible, tomó la pluma y escribió al presidente del gobierno de la Nueva Granada, poniendo al descubierto su herida:

“El Estado de Cartagena en recompensa de mis servicios a aquella provincia, ha hecho inscribir mi nombre en letras de oro, con los dictados más lisonjeros que pueden honrar la memoria de un mortal. Destinado por V. E. a pacificar esta capital y no obstante haber entrado por la fuerza en ella, mi moderación ha sido tal, que el serenísimo colegio electoral ha estampado un acta llamándome ilustre religioso pacificador de Cundinamarca.

V. E. mismo me ha hecho en el día de ayer el nunca merecido honor de victorearme libertador de Venezuela y la Nueva Granada, después de haberme nombrado capitán general de los ejércitos de la unión.

Tan excelsos honores parece que me ponían a cubierto, de cuantos golpes pudieran dirigirme el crimen, el error y la rivalidad. Pero no ha sido así, excelentísimo señor. El coronel Castillo acaba de publicar en Car-

(1) O'Leary —*Memorias*—. Tomo II. Página 111.

tagena un libelo contra mí, en que fraguando una negra trama de falsedad, desatinos y errores de todos géneros, ha compuesto una obra tan digna de él como indigna de la prensa. Moral, inteligencia, valor, todo se mancha en mi persona, con imputaciones que solo el coronel Castillo puede merecer, bien que sea la más vil criatura de cuantos han sido ludibrio de la especie humana.

Yo, pues, que corro la carrera de la gloria, sin esperar más recompensa que ella misma, me debo una justa vindicta que no me puede ser dada sino por V. E.

Por la libertad de mi patria he abandonado los blasones de una distinguida nobleza; me he privado de las delicias de una grande fortuna; he expuesto mi existencia por salvar la vida a Castillo y a mis conciudadanos; todas mis pasiones las he sacrificado a la salud pública y únicamente he conservado las que pueden contribuir a la destrucción de nuestros enemigos.

Yo, es verdad, podría contestar al coronel Castillo; pero esto sería justificarlo, dando pruebas de bajeza, degradándome hasta la esfera del coronel Castillo que no merece entrar en lid conmigo, sino como Tersites con Ulises" (1).

Y no le bastó con dirigirse al gobierno. El mismo día, desde su cuartel general envió otra carta, en el mismo tono, dirigida al congreso:

"Ni vuestra excelencia ni yo contábamos entonces conque existía en Cartagena un tal Castillo, para quien nada hay sagrado y cuya ambición e incapacidad le representan como crímenes el mérito y la virtud. Castillo acaba de publicar allí un libelo contra mi moral y mis principios y contra cuanto podría honrarme a los ojos de mis conciudadanos. Una serie interminable de falsedades de toda especie compone tan infame papel. No hay un vicio que su malignidad no me atribuya; y el envidioso hasta el valor me niega..." (2).

Don Camilo Torres acudió a tranquilizarlo. El 23 de enero le envió una carta:

"Por mí confieso que jamás dudé un momento que V. E. era el libertador que la Providencia destinaba a Venezuela y que no podía ponerse un jefe más digno a la cabeza de esa empresa: que mis esperanzas no han sido burladas y que nunca he tenido que arrepentirme de este concepto. Declaro a la faz de la Nueva Granada, que en medio de los triunfos y la gloria que rodeaban a vuestra excelencia en la reconquista de su patria, nada admiré más que la consideración y el respeto con que trató siempre al congreso de la Nueva Granada. Pues aún revestido de todo el poder de Venezuela, no hubo un paso de que V. E. no le enterase, en que no diese cuenta de sus medidas y de sus operaciones y pidiese sus órdenes, disculpando lo que no habían permitido ejecutar las instrucciones, los inevitables accidentes de la guerra y el estado en que se hallaba la República a su entrada..." (3).

(1) Bolívar. *Obras completas*. Tomo 1. Página 217.

(2) Congreso de las provincias unidas. Biblioteca de Historia Nacional. Página 308.

(3) *Obras completas de Bolívar*. Tomo 1. Página 119.

Ante el conflicto planteado decidió el gobierno de las provincias unidas, trasladar a Castillo a Santa Fe, como miembro de la corte marcial. Era una solución provisional y dudosa:

“Con sabiduría se resolvió a indicación de Bolívar, retirar a Castillo dignamente de su provincia, a cuyo efecto se le ascendió a brigadier y se le nombró miembro de la alta corte marcial, residente en Santa Fe, a donde fue llamado, lo que provocó en Cartagena, una numerosa reunión de prelados eclesiásticos, seculares y regulares, de padres de familia a la que asistieron inclusive los españoles, clamando porque no se dejara ir a Castillo por los males que había evitado y los bienes que había hecho, clamor que atendieron la legislatura y los gobernadores Gual y Amador” (1).

Castillo, lejos de modificar su conducta o atenuarla, corroboró su libelo, con un informe al gobierno de la unión, reclamando contra Bolívar, que en ese instante ya era su jefe militar:

“Con el colorido o pretexto de la toma de Santa Marta, solo intenta darle aliento a la facción. Que esta se venga completamente de la resistencia que ha encontrado en los hombres de bien, opuestos a sus pérfidos proyectos”.

“Por todo lo expuesto reconocerá V. E. la importante necesidad de que el general Bolívar, no pase en manera alguna al territorio de este Estado en las actuales circunstancias...”.

¿Cuál es el argumento que se aduce...? La facción. La posibilidad de que con la llegada de Bolívar se yergan de su postración los Piñeres. Desfigura mezquinamente a Bolívar, al imaginarlo tan solo interesado en devolver la preeminencia a los demagogos y en tener a Santa Marta como un pretexto. Y como sabemos que el pensamiento cardinal de Bolívar, estaba puesto en la independencia de todo el continente, podemos calificar ese juicio como mezquino. Tan solo un ave de corto vuelo, puede imaginar que Bolívar no tenía otro pensamiento y otro compromiso con la historia, que darle un cargo, en Cartagena, a los Piñeres.

¿Y cómo se justifica esa postura de Castillo...? El historiador Jiménez Molinares, disculpa a Castillo con la presentación de un documento. Dice:

“En su marcha sobre Cartagena, Castillo interceptó en Turbaco un correo y se apoderó de cartas de Bolívar y de Celedonio Piñeres. Bolívar con fecha 24 de diciembre de 1814 decía a Mariño: “En el correo pasado supe el nombramiento de D’Elhuyar para el mando en esa plaza; esto habrá empezado a cambiar la escena. Puesto el gobierno en manos de los Piñeres, como lo creo yo, todo tomará un nuevo aspecto mucho más favorable” (2).

Esa es la frase comprometedora para Bolívar... Se ha permitido formular el deseo de que los Piñeres gobiernen. ¿Compensa esa frase, las gestiones previas de los dos Castillo y Rada, la publicación del libelo, la

(1) Jiménez Molinares. *Los mártires de Cartagena*. Tomo II. Página 102.

(2) Jiménez Molinares. *Obra citada*. Página 103.

carta al gobierno central, las injurias desatadas contra Bolívar...? Además, cuando Castillo interceptó esa carta de Bolívar ya tenía escrito su panfleto. Porque si la carta es del 24 de diciembre, no podía publicarse y despacharse y llegar a Santa Fe, un libelo escrito, que fue leído por Bolívar el 22 de enero.

Además, los Piñeres eran ciudadanos granadinos. Habían prestado meritorios servicios a la República, a la causa de la independencia, a la primera incursión de Bolívar en contra de los realistas venezolanos, a su paso por Mompós... ¿Constituía un crimen el verlos de nuevo en la posición que ocuparon después del 11 de noviembre...?

* * *

Se inicia un intenso drama intelectual, que es conocido en el proceso de todas las revoluciones. Una vez puesta en marcha la idea destructora e invasora, por sí sola, busca su expansión y llega a las últimas consecuencias. Como la onda, que no se detiene hasta golpear la roca. La inteligencia humana se considera capaz de limitarla y paralizarla. Pero una vez en movimiento las ideas, ya a nadie pertenecen. Los mismos que las incubaron y lanzaron, las desconocen. Se podría escribir todo un tratado sobre la sorpresa de los progenitores, al verlas marchar por el mundo como hijas perdidas.

Casi ninguno de los precursores y profetas de revoluciones, reconocería a las hijas de su mente. Entre lo que se pensó y lo que se realizó existe siempre una abisal distancia.

En toda revolución se advierte una primera hora cándida de regocijo homogéneo, en el momento en que la piedra ha herido la líquida superficie. Y horas sucesivas de estupefacción, sorpresa, engaño, desengaño, frustración, protesta, cuando se advierte que la onda por sí misma mantiene su dinámica. Es el momento en que los prudentes, los moderados y los pacíficos, vuelven sobre sí mismos, reflexionan y concluyen: "Hasta aquí no queríamos llegar, nosotros no hicimos otra cosa que tirar la piedra, no era esto lo que perseguíamos".

Pero los actos sucesivos del drama son una consecuencia del primer desgarramiento y horrorizan a buena parte de sus protagonistas. Y cuando llegan las consecuencias sangrientas, de acciones humanas que pudieran aparecer pacíficas, la conciencia reflexiva rechaza los efectos. Inexorablemente podían preverse en la dialéctica revolucionaria. Es muy raro el ejemplo de un proceso de esta índole que pueda detenerse. Nadie puede responder del porvenir de sus ideas y del porvenir de sus hijos.

El 20 de julio en Santa Fe y el 11 de noviembre en Cartagena, realizaron el primer brote, el primer desgarrón en las entrañas de la sociedad, la primera piedra sobre la superficie de tres siglos de paz. Se rompió inicialmente el vínculo con las autoridades españolas. La sociedad sacudió la costra burocrática. Quedó pendiente un pequeño hilo frágil con el rey en cautiverio. El rey se alejó, como en un cuento y se convirtió en una leyen-

da. Pero dejaron de ser los mismos, el rey y los súbditos. El uno dejó de mandar, los otros dejaron de obedecer. No tenían a quien obedecer. Su vasallaje era con el rey.

Y ese mismo hilillo sentimental se rompió meses después. El grupo de criollos ilustrados pensó que ahí podía detenerse el proceso. Y suprimido el virrey y sus subalternos, regresaría la paz a los espíritus y el orden a la sociedad. Pero eso no era cierto. Toda revolución produce su reacción. Y España, invadida y náufraga, refugiada, como en los tiempos de Viriato, en unas montañas y en una isla, intentó defender a zarpazos desesperados el continente que consideraba suyo. Y surgieron de repente, de la clase innominada de los españoles residentes en América, ante la quiebra y la cobardía de la burocracia fugitiva, caudillos broncos, improvisados y feroces, que defendían con saña los jirones del imperio. Y lanzaron a las masas pardas en contra de los mantuanos. Y se inició una lucha brutal, que no estaba prevista en los ingenuos mítines cívicos en que se prometió fidelidad al rey Fernando, "siempre que venga a gobernar entre nosotros".

Los criollos de las clases ilustradas querían la independencia, pero no concebían el contragolpe de España, ni los efectos que esa idea iba a producir en la masa del pueblo. Dentro del proceso, los de abajo, pensaron en la igualdad. En los unos era nítida la conciencia de sus propósitos políticos, y una vez realizados, aspiraban a frenar la revolución. Creían muchos de ellos, que la revolución sería pacífica, como una tertulia. En la muchedumbre urbana no había conciencia nítida, sino instinto, y a ciegas presentían, ahuchados por los demagogos, que con los alborotos conquistarían la ciudadanía. Y no entendían por ella un catecismo de derechos y de deberes, sino el simple gozo primigenio de verse libres de toda opresión y de todo sistema de frenos y controles. Se rompieron las cadenas y las esclusas. Aspiraban a la igualdad. El historiador Restrepo consigna el criterio de su clase: "Gabriel Gutiérrez de Piñeres, predicaba por todas partes la igualdad, ese dogma destructor de todo orden social".

El pueblo, puesto en movimiento en Santa Fe por Carbonell y en Cartagena por los Gutiérrez de Piñeres, descubrió ese pendón, la igualdad. Pero simultáneamente se verifica otro fenómeno, que tampoco estaba previsto. La clase ilustrada —abogados y comerciantes pudientes— entendieron que era esta la oportunidad de sacudir el yugo de España y de no prestar ningún juramento de solidaridad con la capital del virreinato. Sacados afuera los españoles, no se admitía el liderato de los santafereños. Cartagena pensó en sí misma, diferenciada y autónoma, con orgullosos títulos para ser capital. Tenía como respaldo sus castillos y almenas, sus viejas piedras seculares, su resistencia a los piratas, el heroísmo de don Blas de Lezo, el palacio de su inquisición, su presencia frente al mar, el cuadro genealógico de sus familias emparentadas con Castilla. Se consideraba, con buenas razones, la rival de Santa Fe, arropada al pie de los cerros, envuelta en neblina, sin luz marítima, sin arcaicos corredores y sin leyenda heroica. Pero Mompós entró a renegar de Cartagena, con el mismo denuedo con que Cartagena se apartaba de Santa Fe.

Los granadinos no piensan como tales, ni quieren el gobierno constituido con la voluntad de todos, de Santa Marta a Túquerres. Aspiran al

particular de cada ciudad, con su constitución, su ejército, sus héroes provinciales, su acta singular de independencia y el pleno ejercicio de la autonomía. La revolución, en su proceso de un año, rompió los vínculos con España, con el virrey, con el rey y también con los otros granadinos.

La ingenuidad clarividente de don Antonio Nariño, fue la de intentar el freno a esa disgregación. El error de don Camilo Torres, el de consagrarla constitucionalmente. En Norteamérica el proceso había sido distinto. Las trece colonias se federaron para unirse. Entre nosotros se federaron para desunirse. Allí se partió del particularismo a la unidad. Aquí se destruyó la unidad, previamente existente en tres siglos, hacia la dispersión.

La vida colocó a don Camilo Torres ante lo que él consideraba su deber, en dos extrañas posturas. La primera, combatir con los ejércitos del congreso, a nombre de la federación, a Cundinamarca y a su presidente, para impedir que prosperara la idea centralista, que Nariño quería imponer a la fuerza. Y en 1814, combatir con los ejércitos de Bolívar y Urdaneta a Santa Fe y a su gobernante Alvarez, para impedir que se mantuviera un Estado autónomo. También a la fuerza, Cundinamarca se vio obligada a entrar a las provincias unidas.

En su orden, quedaron destruídos: los vínculos con las autoridades españolas, la fidelidad al rey, la solidaridad de las provincias y el respeto de los de abajo, hacia la clase que se consideraba predestinada a ser la clase dirigente. Los de abajo entraron a formar un partido tumultuoso. Y no se había pensado, en lo alto, que la independencia fuera tumultuosa. Rotos todos esos marcos, no era absurda la aparición de los partidos populares. La misma sorpresa que sufría un español de pura sangre, como don Francisco Montalvo, ante la idea de que los cartageneros se consideraran autorizados para no obedecerlo, la experimentaban los nobles criollos orgullosos, como García de Toledo, los Castillo y los Amador, ante el atrevimiento de los rebaños de negros, que trataban de imponer a gritos sus gobernantes.

No es justo condenar a esos grupos selectos, porque no pasaron mentalmente de la concepción monárquica a la democracia igualitaria, como tampoco es justo condenar a los otros, porque reclaman agresivamente su parcela de soberanía.

* * *

Bolívar escribió una carta al gobernador de Cartagena, desde Santa Fe, informándolo sobre su campaña y exigiéndole su colaboración.

“El gobierno general se ha servido confiarme el mando del ejército contra Santa Marta; y yo bajo de aquí con dos mil hombres para unirlos a los que hay en el Magdalena y en Ocaña. La mitad de estos debe armarse ahí, porque ha sido necesario dejar aquí y en otros puntos del interior, mil o más fusiles: también deben reunirse ahí inmediatamente todos los buques y marineros que sea posible, y no creyendo que puedan juntarse en el Magdalena todos los necesarios, será preciso hacerlos venir

con anticipación del Sinú y Bocachica. Esta campaña será probablemente muy corta; y esta noticia disminuirá en mucho el disgusto de los marineros al servicio.

Espero y suplico a V. E. que se sirva dar sus órdenes más prontas y terminantes para uno y otro efecto; así como para el acopio de provisiones de toda especie, de lo cual se dice que hay notable escasez en Santa Marta... El mayor número de mis tropas está ya en Honda. Yo salgo de aquí el día veinte y confío en poder remover los obstáculos que se opongan a nuestra marcha. Llegaremos a esa provincia a principios de febrero y quisiera seguir mis operaciones militares sin detenerme. Nada las facilitará más que la pronta ejecución de las indicaciones que llevo hechas y que V. E. haga reunir y habilitar para marchar, cuantos buques de guerra, corsarios y fuerzas útiles puedan destinarse a esta empresa..." (1).

Perentorio, militar, sintético. Su objetivo: Santa Marta. Pero en Cartagena sostienen los de la facción de Castillo: el objetivo, los Piñeres.

Marchar, avanzar. Ha llegado Bolívar a Mompós. Esa marcha se detiene ahí. El gobierno de Cartagena lo paraliza durante semanas angustiosas, discutiendo, regateando, inmovilizando.

Primera determinación: Bolívar no será obedecido. Y esta es la orden que imparte el gobernador Amador al jefe de los ejércitos:

"Al comandante general de la línea del Magdalena, hará vuestra excelencia entender, que no obedecerá ninguna orden del general Bolívar, hasta que se le comunique por este gobierno. Amador".

Segunda determinación: reunir el 10 de febrero un consejo de gobierno, para que respalde al gobernador y se declare que ha sido impolítico el nombramiento de Bolívar:

"Habiendo hecho presente su excelencia el estado de alarma en que se hallaba la ciudad y todos los pueblos del Estado por la venida del señor Bolívar, consultó si convendría o no que entrase el referido señor en la ciudad, aunque fuese solo... expusieron de conformidad que en caso de no haber entrado en el Estado, se le previniese no adelantase sus marchas. Pero que estando dentro de él no pasase de Mompós, limitándose a dirigir si buenamente gustaba, desde allí, sus operaciones sobre Santa Marta... Y sin perjuicio de esto, el señor gobernador representase al gobierno general, no solo las ventajas y conveniencias de que quede aquí el señor Castillo, sino también los gravísimos inconvenientes que resultarían de que viniese aquí el señor Bolívar; como así mismo lo impolítico que ha sido el nombramiento de este general y de Carabaño para su segundo..." (2).

Y tercera determinación:

El gobernador Amador escribirá al gobierno de las provincias unidas, un memorial de agravios en contra de Bolívar, haciendo el balance de su campaña en Venezuela y señalando sus extorsiones, crueldades y disipa-

(1) *Obras completas de Bolívar*. Tomo 1. Página 114.

(2) Jiménez Molinares. *Los próceres de Cartagena*. Tomo II. Página 109.

ciones. Un documento oficial que recoge toda la bilis del panfleto de Manuel Castillo. Con este documento, la discordia personal de Castillo y Bolívar, se traslada, en más amplio radio, a una oposición abierta entre el gobierno de Cartagena y Bolívar. La terrible recriminación dice así:

“...No hay por acá quien ignore que el general Bolívar derribó a su patria y huyó de las ruinas que hubieran de caer sobre su cabeza: que en su carácter insensible, duro, sanguinario, en su espíritu temerario e inflexible; en aquella sed de dominación exclusiva, arbitraria, impaciente del menor freno y contrapeso de la ley y del orden; en el alto desprecio de todo lo que no es él o su fortuna, que le hará sacrificar mil vidas a su menor satisfacción y no reparar en medios, como lo conduzcan a su fin, bueno o malo. Por último, en las extorsiones, crueldades, disipaciones y absoluto despotismo con que oprimió a los pueblos de Venezuela, están designados el origen y causa de las sucesivas pérdidas y desgraciados sucesos que terminaron en la subversión total de aquella infeliz República...”.

Falta una sola ofensa. Hay que decirla: Bolívar no es un exilado, sino un prófugo...

...“No ha parecido recomendarle para que se aventurase, una tentativa tan peligrosa, como la de poner la República a discreción de un prófugo, cargado todavía como está, con la responsabilidad y reato de la que perdió, aún siendo su patria”.

Y el paralelo entre el brigadier, cartagenero y el falso prócer, despótico y cruel:

...“Se pasa aquí a una comparación muy natural con las cualidades del comandante Castillo, hijo del país, conocido y apreciado en él, por sus sentimientos, su mérito y disposiciones contraria a las que se temen en su sucesor y que acaba de recomendarse eternamente a la memoria y gratitud de esta provincia, por haber puesto fin a las turbulencias que la iban llevando a su disolución” (1).

Estérilmente intenta Bolívar apaciguar a sus enemigos. Le escribe a Pedro Gual, una carta para ser leída al patriciado de Cartagena, en la cual se reconoce amigo de los Piñeres, en el plano personal. Pero promete no hacer nada en su favor, para reinstalarlos en el gobierno:

“Como Simón Bolívar declaró, que cualquiera sea mi asilo, ese será el de los Piñeres. Como magistrado o general no me comprometo a nada, porque al gobierno toca decidir la suerte de los ciudadanos. Pero sí me comprometo a no tomar jamás partido alguno, para vindicar a aquellos desgraciados amigos...”.

¿Se apaciguan...? No... Cualquier manifestación de debilidad los hace más intransigentes.

Bolívar acudió entonces al gobierno de las provincias unidas, proponiendo el traslado de la sede de los poderes federales a Cartagena. Esa era una buena solución, pero fue descartada. Propuso que fuera comisionado

(1) Jiménez Molinares. Obra citada. Página 114.

el doctor Castillo y Rada y el doctor José Fernández Madrid, “ambos de influencia y representantes del congreso federal, para que se pusiesen en marcha a servir de árbitros. Pero no aceptaron esos caballeros tan honrosa confianza por motivos de delicadeza”.

En reemplazo de ellos fue designado el canónigo Marimón, quien había sido elegido como vocero de Cartagena en el congreso de las provincias unidas. Pero el canónigo, según O’Leary, “era hombre de poco seso, algo tímido de carácter, nada escrupuloso en punto a moralidad y no muy aparente para el delicado negocio de que iba encargado”. El canónigo viajó a Cartagena, con poderes indefinidos. No tenía ninguna finura diplomática. Porque al dirigirse a Bolívar, en la carta en que le da cuenta de su misión, recoge todos los rumores y todas las insidias contra el caraqueño y en lugar de disponer favorablemente su ánimo, lo enfureció y enardeció. Así le decía el amable componedor, que de las artes de la diplomacia no conocía el abecedario:

...“De todo resulta lo primero:

Que hay un temor general de que a V. E. se le confíen las fuerzas de esta plaza, recelando que V. E. no aspira otra cosa que a su opresión y a la de todo el reino.

Alegan en comprobación de estos temores:

Que V. E. cuando concibió libertar a Ocaña y a Cúcuta, con las fuerzas de esta provincia, fue llamado por el gobierno para ocurrir a Santa Marta, perdida por la mala conducta del comandante Labatut y no quiso obedecer, en circunstancias, dicen en que si V. E. hubiera retrocedido, habría aquella ciudad sido ocupada fácilmente.

Que V. E. no solamente ha sido arrojado de Venezuela por el general Ribas, sino echado por los pueblos del oriente, habiéndose hecho sumamente odioso su nombre por su arbitrariedad y despotismo militar, falta de orden en el ejército, vejaciones y opresiones de los ciudadanos”.

Que en el tránsito y estadía de V. E. en esta ciudad, se tramó por los Piñeres, cuyo partido protegía V. E. decididamente una revolución para hacer a V. E. dictador.

Que trae V. E. en su compañía el coronel Carabaño, que de palabra en Santa Fe y Honda y por escrito, ha protestado odio y venganza a los habitantes de Cartagena.

Y finalmente, como en los papeles públicos de Santa Fe que han llegado posteriormente, se habla de excesos cometidos por la tropa, de asesinatos y muertes dadas sin intervención de autoridad civil, infieren aquí que V. E. ni su oficialidad respetan autoridad alguna. Que hecho dueño de las armas lo será de Cartagena, después de todas las provincias unidas, y que perdida la esperanza de recuperar a su país y sin variar jamás de ideas, envolverá V. E. a toda la Nueva Granada, que hasta ahora se ha conservado en medio de las mayores convulsiones usando de humanidad y moderación, en la misma desgracia de Venezuela...”.

Y para culminar el rosario de injurias, concluye:

“Muchos fundan sospechas de que V. E., no trata tanto de libertar a Santa Marta como de conquistar a Cartagena...”.

¿Fue solamente la torpeza y la inexperiencia las que movieron a Marimón, al dar este paso en falso...? O’Leary no lo cree: “Su conducta posterior infunde sospechas de su sinceridad, porque apenas separado del cuartel general y aún antes de rendir su viaje, se dio a propagar contra Bolívar las más deshonrosas acusaciones, apoyando las calumnias de sus enemigos en todo el país”.

Y agrega:

“Lo que se avenía menos aún con su elevado carácter de mediador, era que desde su entrada a Cartagena, se hizo órgano de las proposiciones del gobierno provincial, sugeridas por los enemigos personales de Bolívar y que este de ninguna manera podía aceptar. Pues en vez de prestarle los refuerzos ordenados por el gobierno de la unión, el de Cartagena le exigió reclutas y una suma considerable de dinero”.

Mal elegido el canónigo. En primer término su condición de cartagenero lo inclinaba al bando opuesto a Bolívar. No era un mediador, sino un sectario. Y no disponía de autoridad para imponer la del gobierno de las provincias unidas, que se veía representado en tan grave conflicto por un hombre sin grande autoridad, parcializado y débil, ignorante además de toda táctica militar. Bolívar tomó la pluma para dirigirse al canónigo, al ver convertido al mediador, en portavoz de los dicterios de sus enemigos:

“No extraño que todos los pueblos disidentes y enemigos de la República sean mis enemigos también; pero sí extraño mucho que usted califique con dictados honrosos, a los que me calumnian con tan infames dicterios, como los que usted me refiere en su oficio. Y a la verdad, yo no esperaba que usted, de oficio, me dijese lo que Castillo en su libelo y creía merecer un poco más consideraciones, siendo indecoroso para el gobierno general y para mí el que se me trate tan indignamente; pero estas indignidades no serán impunes, si antes no se remedian. La autoridad de usted parece que no ha valido nada en la ciudad; con mi aproximación ella valdrá y yo la haré respetar aunque me cueste el sacrificio de mi vida...”.

Bolívar se enfureció. Y tenía razón. Durante varias horas lanzó toda especie de interjecciones elocuentes. Amenazó, vociferó. “Con mi aproximación ella valdrá...”. Era una amenaza. Puso a su ejército en movimiento. La carta malhadada de Marimón lo determinó a obrar. Iba por mal camino.

Pero a pesar de sus arrebatos, no descartó una solución cordial. Envió personalmente a Cartagena al coronel Tomás Montilla, para reiterarle a los tozudos cartageneros sus intenciones pacíficas y sus deseos de emprender cuanto antes la campaña de Santa Marta, una vez que se le franqueasen los elementos que necesitaba.

El alcance de la misión a Montilla lo define el propio Bolívar:

“...Pasará a Cartagena a hacer presente al gobernador de este Estado y al comandante general de sus armas la situación del ejército, el

plan de operaciones, los auxilios que necesitamos para deliberar a Santa Marta y cuáles son mis verdaderos sentimientos y principios. Va plenamente autorizado para reclamar los mencionados auxilios y en caso de negativa, podrá informar al gobierno de Cartagena, que mis intenciones son no sufrir más largo tiempo, la desobediencia al gobierno general, la ruina del ejército y los ultrajes a mi persona”.

Esta última frase muestra muy a las claras su decisión de someter a Cartagena y a sus odiosos enemigos personales a un sitio militar. ¿Estaba autorizado para ello por el congreso? ¿Podía llevar hasta esas consecuencias, la nefasta pugna con Castillo...?

Montilla fue recibido con hostilidad amenazante en Cartagena, tenían el propósito de lincharlo. No obtuvo ningún resultado su misión pacífica. No se le ofrecían a Bolívar, ni armas, ni municiones, ni soldados, a pesar de que esa era la orden del congreso de las provincias unidas. No interesaba la suerte que pudiera correr Santa Marta, desde donde observaba, como buen vigía, el capitán general Montalvo.

El 26 de marzo Bolívar se dirige al congreso para dibujar un croquis de palidez y espanto:

...“He perdido en Mompoz más de un mes... He ofrecido mi amistad a los mismos que me han deshonrado. He mostrado una moderación y un sufrimiento el más estoico. Amador ha sido siempre conocido por “godo”... Castillo es capaz de todo, todo. No concibo criatura más vil en la tierra. Una gran parte del pueblo de Cartagena es aristócrata y el bajo pueblo es tan cuitado, que a todo se presta”.

Ahora vemos al Libertador Bolívar, frente a los muros de Cartagena, descontento de sí mismo, intimando obediencia a quienes no han tenido para nada en cuenta las órdenes del congreso. Qué espectáculo para Montalvo. Qué escena preparatoria de la llegada de Morillo. Qué insensatez enloquecida en los granadinos. Esos dos ejércitos, el atacante y el que defiende las murallas, han debido sumarse, en uno solo, en marcha precipitada hacia Santa Marta para evitar el desembarco de la anunciada expedición. Y en lugar de eso se enfrentan en lucha estéril y fratricida, sin que Castillo haga una concesión. Y por su parte Bolívar considera que es cosa de honor someter a los desobedientes y colocar a Castillo bajo su mando de general en jefe de los ejércitos de la Nueva Granada.

Esos ejércitos se reducen a dos mil soldados enfermos, asoleados inmisericordemente en Mompós, víctimas de las fiebres, sedientos y mal vestidos, que llegan a acampar a tiro de cañón en las proximidades de la Popa.

Bolívar necesita en un monólogo explicar su conducta:

“Ninguna pasión humana dirige en esta oportunidad mis pasos, arrastrado por el imperio del deber voy a combatir contra mis hermanos. Mi hermana será la primera víctima. Otros parientes tengo en la ciudad. Se me ha amenazado con su exterminio. Pero un verdadero republicano no tiene otra familia que la de la patria. Juro por mi honor que no volveré a encontrarme en otra guerra civil, porque he jurado en mi corazón no volver a servir más en la Nueva Granada, donde se trata a sus liberta-

dores como a tiranos y donde se infama impiamente el honor y la virtud. He contribuído para el establecimiento del gobierno general en cuanto he podido. Este será el último sacrificio que hago por su estabilidad”.

“Básteme haber manchado mis armas, por dos veces, con la sangre de mis hermanos. Yo no las deshonoraré una tercera. Ruego rendidamente a vuestra excelencia —dice al presidente del congreso— se sirva nombrar un general para este ejército. Bien persuadido que estoy más pronto a subir al cadalso, que a continuar mandando”.

Pobre Libertador... Se halla perplejo, confundido, patético, amargado. Desde su segunda llegada a Cartagena le ha correspondido el más desilusionante de los itinerarios. Su plan era el de organizar ejércitos, que con los jirones de los de Urdaneta, salvaran a Santa Marta y acudieran a un nuevo intento de reconquista de Venezuela. Pero todo ha concluído en una aventura lamentable. Se le dio la misión antipática de sitiar a Santa Fe y ahora se halla, frente a sus émulos, en el Convento de la Popa.

Faltan cuatro meses para que aparezca en las aguas del Caribe la flota de don Pablo Morillo. ¿En qué han quedado los proyectos de Bolívar...? ¿Sospechaba esta tenaz, biliosa y enconada resistencia de los granadinos en contra de su nombre...? Y el congreso que le confió el supremo mando militar, ¿qué ha hecho para hacerlo respetar...? La inercia y pasividad del congreso están simbolizadas en el canónigo Marimón.

Y esta ciudad de Cartagena, a la que llegó por primera vez ansiosamente, después del hundimiento de su patria y que lo acogió como a un coterráneo, ¿qué mensajes le envía desde las murallas...?

“Bolívar y sus oficiales —dice la proclama del gobernador Amador— alucinando a sus tropas, son en suma una banda de salteadores, que atacan vuestras virtudes y propiedades y aspiran a hacerse a una fortuna a expensas de vuestra felicidad y la de vuestros hijos”.

Hasta ese punto se ha omnubilado el juicio de la “camarilla”. Salteadores, fascinerosos, ambiciosos, bandidos. Esas son las protervas voces que oye Bolívar, desde lejos, transmitidas desde el palacio de gobierno, como consigna de exterminio.

Y todo ello se realiza casi en la presencia del capitán general Montalvo, feliz con las noticias de esta insensata riña entre los criollos, espectador interesado de la reyerta de los náufragos en la canoa del salvamento. Ya tenía noticias el capitán general de lo que se estaba preparando en Cádiz. Y envió a Amador un mensaje ofreciendo su colaboración en el exterminio de Bolívar.

Amargas horas para el general venezolano, sitiador sitiado por sus propias cavilaciones. Se halla ante el dilema de atacar la plaza, que en su opinión es doblemente rebelde, en contra del gobierno militar a él confiado y en contra del gobierno de las provincias unidas, cuyas órdenes no se cumplen.

Y llegó el 22 de abril, fecha en la cual tuvieron conocimiento los granadinos, de que Pablo Morillo y Enrile, con velas desplegadas y una protección de cien cañones, habían desembarcado en la isla Margarita, el úl-

timo refugio de la hidra revolucionaria. Bolívar insistió en parlamentar. A sus ojos, con toda lucidez, debió aparecer absurda su propia situación y la de Cartagena. ¿Por qué no nos entendemos...? “Todavía es tiempo de que la República se salve”.

Pero en Cartagena pensaban otra cosa. A las invitaciones de Bolívar se respondió con la acción y el fuego. “El 26 de abril el general Castillo, el comandante de la plaza de Cartagena Mariano Montilla, los sacerdotes, los paisanos, los soldados y cuantos hombres eran hábiles para las armas en Cartagena, hicieron una salida con el objeto de atacar mis posiciones, o de sitiarnos, por lo menos, porque sabían que no teníamos doscientos hombres y poco más de cien fusiles. Como esta acción es el oprobio de las armas americanas no la describo, me limitaré a decir que es el primer ensayo del general Castillo y que su resultado corresponde a los talentos y cualidades militares de aquel jefe” (1).

El 28 de abril se tuvo noticia de la ocupación de Barranquilla por los realistas. Ante esta amenaza inminente, por fin parecía triunfar la sensatez. Se insinuó un proyecto para que Bolívar atacara a Santa Marta por mar y el ejército de Castillo por tierra. Todo eso no obedecía a un plan. Sino que era el producto de la improvisación, la confusión, la alarma. Ya estaban colocados los cartageneros ante lo inexorable.

“Mi secretario, dice Bolívar, tuvo diferentes conferencias con el comisionado y el general Castillo y por fin el mismo Castillo vino a reconciliarse conmigo y a esta reconciliación siguió un convenio de paz y amistad, que pareció al principio sincero, sin serlo, como lo probó después la experiencia. Mil pequeños incidentes indicaban distintamente que no había buena fe de parte de Cartagena. Sin embargo, esperábamos que el inminente peligro, la razón, la justicia y el interés, aconsejarían la unión, pero no fue así...”.

Un convenio de paz. ¿Entre dos naciones rivales...? No. Entre dos generales de la República en agonía. Entre dos precarios ejércitos extenuados, harapientos, sedientos. Derrocharon cuatro meses decisivos en idas y venidas, propuestas y contrapropuestas, injurias y reclamos, viajes del canónigo fullero y de los Montillas, el bolivariano y el cartagenero. Entre tanto, el capitán general reforzó sus posiciones, avanzó sobre Barranquilla, se dispuso a marchar contra Mompoz.

Ese acuerdo venía demasiado tarde. Estérilmente sus cláusulas decían:

“Desde este momento cesará toda hostilidad entre los dos ejércitos: habrá un olvido absoluto de la contienda anterior, así como de las causas que hayan podido originarla; habrá restitución de prisioneros y una amnistía general para los individuos de uno y otro ejército”.

Pero tampoco el acuerdo entró a cumplirse. Firmado el 8 de mayo al pie de la Popa, no tuvo una vigencia de veinticuatro horas. Súbitamente Bolívar tomó la decisión de abandonar el escenario y embarcarse en dirección hacia Jamaica. ¿Qué determinó su conducta sorpresiva...? ¿Por qué en el momento en que se dan la mano con Castillo decide evadirse...?

(1) O'Leary, *Memorias*. Tomo II. Página 151.

Esta decisión no puede estudiarse sin tener en cuenta los antecedentes y las huellas que en el ánimo de Bolívar habían dejado las insidias y los apóstrofes. No había un auténtico espíritu de cooperación. La paz estaba poblada de reticencias, como la guerra lo había estado de calumnias. Al canónigo Marimón le dijo Bolívar:

“Deseo no ser por más tiempo causa de la guerra civil”.

Y en mensaje al gobierno de las provincias unidas expresó nuevas dudas sobre la sinceridad de Castillo:

“Un vano temor por una parte, una inmerecida rivalidad por otra, una inconsulta ambición, y todas las pasiones excitadas hasta el extremo, hicieron que el general Castillo me notificase en términos expresos, que yo y mi ejército debíamos marchar por el Valle Dupar y atacar a Santa Marta, (proyecto imposible en aquellas circunstancias). Que la expedición marítima no se me permitiría ejecutar, porque se temía que yo me apoderase de la plaza; que en caso de retirada no tendría a donde volver, porque (estas son sus expresiones) yo sería siempre hostilizado y jamás se me auxiliaría con nada...”.

¿Hasta esos extremos llegó Castillo...? No conocemos ninguna versión suya de estos acontecimientos. El historiador Arturo Abella consultó el archivo militar del Alcázar de Segovia, donde reposa el proceso referente a los mártires de Cartagena. Y allí figura la defensa de Castillo ante las autoridades españolas:

“Mi encono hacia Bolívar —dice Castillo— nacía de la detestación con que siempre miran los hombres no corrompidos a los perpetradores de grandes crímenes”.

Y agrega una declaración de extraordinaria gravedad:

“Yo no solo traté de ponerme en comunicación con el excelentísimo señor general en jefe (Morillo) sino que trabajé eficazmente para que la plaza quedara, indefensa e improvisada de subsistencias, para que su entrega fuera más fácil y segura...” (1).

En la oficialidad de Bolívar era unánime la opinión en contra de Castillo. De ello encontramos una demostración en las memorias del general O’Leary. En la biografía del Libertador escrita por el general Tomás Cipriano de Mosquera, encontramos el eco de ese juicio convertido en un lugar común: “Vencieron las pasiones al patriotismo, las mezquinas y vengativas ideas de Castillo al interés nacional...” (2).

El 9 de mayo subió Bolívar a un barco de guerra inglés. El 10 de junio el gobernador Amador mantenía sus ácidos puntos de vista en mensaje al gobierno de la unión: “Es responsable y criminal Bolívar, porque con tantos daños, robos, vejaciones y perturbaciones ha pervertido la unión de nuestros pueblos y los ha obligado a refugiarse en los montes de donde aún no aciertan a salir”.

(1) Arturo Abella. *Don dinero en la independencia*. Página 59.

(2) Mosquera. *Biografía de Bolívar*. Página 168.

No hay un capítulo más desolador en toda la biografía de Bolívar, ni que muestre más a lo vivo la ceguedad de las pasiones políticas. ¿Qué pensó en su retiro de Jamaica, pasándole revista a sus errores, sin un centimo, oyendo desde lejos el coro agrio de sus detractores, “facineroso, criminal, bandido”...? Asistía al desmoronamiento de todos sus proyectos.

Nunca debió observar el porvenir más oscuro que en la tórrida isla, obligado a implorar la benevolencia de un amigo inglés, para pagar el hospedaje “a una maldita mujer que cobra más de cien pesos de gastos extraordinarios, que verdaderamente son injustos”. Reducido a la inopia. Impotente ante el español, insultado por los granadinos.

¿Volverá a la Nueva Granada donde los libertadores son llamados tiranos...? Jamás. Eso lo cree así. Pero meses después, cuando tiene noticias del asedio a que está sometida Cartagena, decide embarcarse, enloquecido e inerme, para defender la plaza donde todavía resuenan los gritos del odio en contra suya. Pero ya era tarde.

El haberse sobrepuesto a esta postración, con sobrehumana voluntad y logrado organizar, después de otros fracasos anonadantes la resistencia a la orilla del Orinoco, es en contraste, el capítulo más apasionante de la vida de Bolívar. Entre el año 15 y el año 17, el prófugo de Jamaica libra la batalla decisiva. Una poderosa voz interior, un destino ineludible lo impulsan a proseguir.

La locura, en forma de resistencia a la adversidad se convierte en historia.

Este es un trozo desolador de la vida de Bolívar. Y esa vida tiene una peculiaridad: se halla fragmentada en capítulos. Y eso no es frecuente en la trama de todas las grandes vidas, que no siempre aparecen seccionadas, así, como si el supremo novelista, no quisiera aburrir a sus lectores. En primer lugar existen en la biografía de Bolívar, súbitos cambios de escenario y la continuidad se mantiene solo por la idea que anima al personaje y por el personaje mismo. Es el portador de una llama interior, que se enciende, titila y agoniza, a la orilla del mar, como desterrado, en la soledad del llano como guerrillero, en la entrada triunfal a las ciudades violadas, como vencedor. No hay en ella continuidad de escenario.

El capítulo que se cierra, no siempre está conectado con el capítulo que se abre, salvo la llama y el personaje. En las vidas de Bismarck, de Pedro el Grande, en la misma vida de Napoleón, no hay esos cortes. La trayectoria de Napoleón es lógica y continuada. Desde el momento en que se pone al frente de los ejércitos de Italia, hasta su abdicación de Fontainebleau, no se desarrolla sino un solo inmenso capítulo. La trayectoria del ascenso, la gloria militar, el poder político, el consulado, la corona de los reyes longobardos y los fatales errores en declive. Pero esa vida no se puede segmentar.

En cambio en la de Bolívar hay puntos, casi finales y recomienzos. Un punto final: la entrega del pasaporte por Monteverde. Otro punto final: el hundimiento de la segunda República, bajo las lanzas de Boves. Otro punto final, la huída hacia Jamaica. Son tres trozos, compactos, coherentes, definidos, con su comienzo y su desenlace. En Jamaica volvió a comenzar. Era el tercer comienzo...

Y la Providencia fue benévola con él, porque le dio oportunidades para el recomienzo. Basta preguntar: ¿Qué recuerdo quedaría de Bolívar, si hubiera sido fusilado por Monteverde, o alanceado por los llaneros de Boves o asesinado en Jamaica...? Serían tres Bolívares distintos. El primero un joven ardoroso y alocado, cuyo capítulo final se escribió en Puerto Cabello. El segundo, un héroe inconcluso, como Ricaurte. El tercero, un general discutido, cuya última hazaña, fue el frustrado sitio de Cartagena, derrochador de su energía en una estúpida guerra civil.

La Providencia le permitió que continuara y cada uno de sus capítulos es juzgado, no en su texto exclusivo, sino dentro del pánorama completo de su vida. Y el vencedor de Carobobo, Boyacá y Ayacucho, altera, deforma con su luz, al joven que recibió el pasaporte de Monteverde, al vencido en "La Puerta", al sitiador de Cartagena. Y el relato de una vida, no podrá escribirse sin recibir la influencia de su resultado histórico. El Bolívar Libertador, presiona de tal manera la admiración, que no permite el que se juzgue imparcialmente al Bolívar del año 14.

Y el capricho de la historia, se muestra también con los adversarios. Bolívar comenzaba. Castillo, Amador y García del Toledo, concluían. No sabían que estaban en el acto final y que ese acto era decisivo, para su vida y para el juicio de su posteridad. No habría de ofrecerles el destino el desquite de una revaluación. Murieron todos ellos sin saber quién era Bolívar. Para ellos, sus contemporáneos y sus émulos, el caraqueño no pasó de ser un militar altanero y arbitrario, un fascineroso, el jefe de una banda.

Manuel Castillo quedó solo, al frente de su destino y al frente de las armas precarias que habían de defender a la ciudad sitiada. No quiso, con falta de intuición, partir esa responsabilidad con Bolívar. Este le dejó el turno, para que obrara con plena libertad, le cedió la plaza para que lidiara a Morillo. Y en la misma fortaleza asediada y famélica, le surgieron los enemigos y los rivales, que habían de darle un golpe y derribarlo y lanzarlo a la mazmorra. Los mismos que le impidieron escaparse, cuando todo ya estaba perdido. Y cuando llegó el español, lo sentaron en el banco de los acusados, sometido a un interrogatorio, con la sombra tétrica del cadalso proyectándose en el recinto. La historia no le había concedido sino unas pocas semanas, para rectificar. Su suerte y la de Bolívar hubieran cambiado, si en lugar de pensar en los Piñeres, colabora con Bolívar en la rendición de Santa Marta y conjuntamente planean la defensa de Cartagena. Y como su émulo tuvo la fortuna de recorrer toda la parábola, favorecido por los dioses, todo obstáculo humano que hubiera encontrado, en su lucha por la independencia, es juzgado inexorable y parcialmente, como un triste estorbo y un escollo de envidia, que el Libertador superó. Y la emulación que tuvo con Bolívar, no la cobra en el tribunal, el Bolívar "fascineroso y prófugo", sino el propio Libertador. Y en consecuencia, el desventurado general Castillo sufre un doble proceso afrentoso, el que le hacen los españoles por su infidelidad al rey y el que le hacen los republicanos, por su emulación con Bolívar. Y los dos lo llevan inmisericordemente al cadalso.